
RELATOS SOBRE
FABIÁN POLOSECKI

Martín Luengo | Andrés Merlo

El siguiente libro se confeccionó a partir de entrevistas propias realizadas a amigos y a compañeros de trabajo de Polo. Asimismo, se incluyeron los testimonios de aquellos que formaron parte de los materiales producidos luego de la muerte de Fabián.

“Relatos sobre Fabián Polosecki” es producto de una selección realizada por los autores para reconstruir la vida personal y profesional de uno de los periodistas más representativos de la Argentina.

Agradecimientos

A todos los entrevistados que aparecen en este libro, a Rossana por la dirección del proyecto y a mi familia por el apoyo de siempre.

Andrés Merlo

A mi familia, a mis colegas por el apoyo y a Rossana.

Martín Luengo

Índice

PRÓLOGO	13
CAPÍTULO 1	17
El otro lado de Polosecki	
CAPÍTULO 2	25
Polo, por Gustavo Alonso	
CAPÍTULO 3	35
Sus amigos: relatos de Fabián Ricardo Ragendorfer Carlos Polimeni Ignacio Garassino Rubén Viñoles	
CAPÍTULO 4	61
La calle Corrientes	
CAPÍTULO 5	69
El final	
EPÍLOGO	81
REFERENCIAS	87

Prólogo

El último de la especie

En las cárceles, al igual que en la selva, existen diferentes tipos de seres que constituyen un sistema de supervivencia. Entre los más visibles, están quienes someten, los que resisten el sometimiento, y los que, eventualmente, deben doblegarse. Tanto en la prisión como en la jungla, las conquistas y peripecias estarán ligadas al entramado de esos tres grupos.

Por otro lado, existe una raza que, aunque siempre presente, no se ubica en ninguno de los tipos mencionados. Son los invisibles; están pero no están. Se camuflan entre el gris húmedo de los paredones, o en la sombra interminable de las arboledas. Son los que se disfrazan del mundo para acechar tanto a la presa como al cazador.

En tanto, dentro del periodismo subyace un linaje silencioso que agrupa a este singular estrato. Tipos que se dedicaron a perder su forma humana para introducirse en el alma de su alrededor. Y uno de esos últimos especímenes fue, sin duda, ese porteño indescifrable que fue Fabián Polosecki; un enigma cuya respuesta decidió llevarse consigo a los 32 años.

Polosecki cargó con la misión de ser el último cronista salvaje, en la agonía de un siglo que comenzaba a mostrar más luces de pantallas táctiles, códigos de barra y dólares digitales, que bohemia de redacciones llenas de polvo y olor a tinta china. En esa vorágine que transitó entre fines de los ochenta y la primer mitad de los noventa, Polo convirtió en televisión lo que durante décadas anteriores se había cocinado entre folletines de malevos y linyeras, buscavidas subterráneos y alquimistas de vagones de tren. Terminó de caminar los últimos kilómetros de vida que le quedaban al siglo, en el vientre de esa doncella demencialmente seductora que era la calle Corrientes, antes de convertirse en un aguantadero

de pizzerías y shoppings, y donde podías morir en el baño de Ave Porco, Nave Jungla o los subsuelos del Abasto.

Y, como eslabón perdido de su especie, ahí estaba Polo. Refugiándose en las historias de la noche, de los bares y de los baldíos. Revolviendo entre los cartones de la cultura de la Argentina de los noventa, rodeado de camaradas como Ricardo Ragendorfer o Carlos Polimeni, quienes lo acompañaron en su travesía hasta que, sin remedio, lo perdieron. Mientras tanto, la mirada gélida de Polo revive en calidad VHS en miles de pequeños pedazos de historias que en este instante deben estar siendo narradas en algún terruño suburbano, en un calabozo o en una jungla. El legado de Polo se esfumó en el mito antes de convertirse en realidad.

Fabián Polosecki fue el último de su tribu y, al igual que la mayoría de su especie, no pueden ser vistos por siempre. Deben desvanecerse entre el paisaje para continuar. Su único destino es desaparecer para ir en busca del próximo movimiento, mientras los demás continúan a la deriva, en su pequeña batalla por las nimiedades cotidianas. Y los invisibles observan, mientras tanto, desde la oscuridad.

Apenas dejan algunos rastros, desparramados en el camino que trazaron. Tal vez esas huellas esparcidas por el asfalto gris, sean las que develen el misterio de esa raza de caminantes eternos. Quizás esas pistas nos ayuden a descifrar de dónde vienen a donde se dirigen. O, lo que es más importante, donde están en este momento.

Roberto Álvarez Mur

CAPÍTULO 1

El otro lado de Polosecki

Hablar sobre Fabián Polosecki es volver a los años 90. Esa época que comenzó mucho antes; sí, quizás en el 76, con el Rodrigazo o con algún que otro punto oscuro de nuestra historia. Por ahí viene la mano. Por ahí penetró el éxito del mercado que nunca llegó.

Instaladas las columnas de la década, el periodismo de investigación tuvo sus mieles con el ascenso del menemismo. Centrado en graves y justas denuncias de corrupción muchos periodistas lograron calar hondo en el termómetro social que en parte fruncía su ceño y en parte arrojaba serpiente al carnaval de la convertibilidad.

Polo era un protagonista entre símbolos de los profundos cambios socioeconómicos y culturales que se produjeron tras la primavera democrática y el auge del caudillo riojano. Entre el canto de cisne de la derrotada Federación Juvenil Comunista, que había integrado, y el fin de la bohemia nocturna de calle Corrientes.

Sin embargo, hay algo que también nos conduce a Polo. Enrique Symns sostenía que los grandes poetas y letristas no suelen alojarse en el salón de las vanidades de los triunfadores. No en vano hablaba con cierta razón sobre Charles Bukowski, Raymond Carver, Roberto Bolaño, Lou Reed, Leonard Cohen, Tom Waits.

Lejos de toda absurda comparación, Fabián Polosecki caminó por esos senderos con una suerte de “anti periodismo” o, en otros términos, lejos del periodismo practicante. Polo se vistió de buscador de historias y durante sus dos temporadas de su programa en *ATC*, “El otro lado” (1993 y 1994) y una de “El visitante” (1995) creó a semejanza una serie de aventuras periodísticas con alto rango de contenido social.

A este periodista, que había nacido un 31 de julio de 1964 y fue el tercer hijo varón de Aída Prizant y Josué Polosecki, la fama le llegó de manera repentina. Consiguio en sólo tres años y dos programas ser reconocido por su nombre.

Su camino inicial se gestó a partir de los 21 años, cuando ingresó al mundo del periodismo en la redacción de la revista *Radiolandia* bajo los órdenes de Catalina Dlugi. En los pasillos del magazine, conoció a periodistas como Enrique Sdrech, Carlos Monti y Laura Ubfal.

La timidez de Polo también fue parte de su crecimiento. Cuenta una anécdota que en *Diario Popular* no sabía escribir en máquina y por vergüenza trabajaba desde su casa.

También merodeó los pasillos del fugaz *Diario Sur*, *Semanario Siete días* y tuvo un toco y me voy por el programa “Rebelde sin pausa” conducido por el entonces novato conductor, Roberto Pettinato. Allí residió su golpe de suerte con las cámaras de televisión.

Con la ayuda de colegas y el visto bueno del entonces director de programación de ATC, Gerardo Sofovich, Polo emprendió un programa de televisión que marcaría una bisagra en el periodismo.

Con un estilo inédito, inundó la pantalla de la televisión pública con relatos de desconocidos que habitaban los rincones de las calles de Buenos Aires. “El otro lado” y “El visitante” se hicieron lugar en la repisa de la historia del periodismo.

Se subió a patrulleros, recorrió vías de trenes, barcos, calles, bares, túneles subterráneos y hasta caminó por las islas del Tigre. Sus programas eran recorridos por el espíritu del film policial urbano en donde testimoniaban distintos héroes anónimos.

Fabián inventó un estilo tan simple como particular. Un estilo que comenzó en la gráfica, pero en 1993 tuvo la oportunidad de producir un programa periodístico en la televisión que marcaría una impronta del periodismo argentino. “Un flaco joven que hizo un programa que nos marcó”, sostendrán, nostálgicos, varios colegas y amigos.

Con el inicio de la televisión privatizada y de la cámara oculta, el horario nocturno de Polo en ATC se puso a contramano de esa tendencia

televisiva. A partir de la búsqueda de los personajes del suburbio social, “El otro lado” tenía como tema principal cosas de la vida cotidiana. La búsqueda de personas que deambulaban todos los días en las calles de la ciudad pero que nunca habían figurado en la pantalla televisiva.

En su ciclo de pantalla chica, mezcló dosis de ficción social con investigación periodística y recorrió los lugares más insólitos e inesperados que pueda tener una sociedad: el hampa, la basura, la noche, la policía, los trenes, los cabarets y hasta túneles subterráneos.



Fabián en pleno rodaje

“Si yo no aprendí un montón de cosas yo sé que es culpa mía; o sea, hablé con una cantidad de gente que me dijo buena parte de las cosas que un hombre adulto necesita para saber vivir bien, y me lo dijeron tipos inesperados”, afirmaba el propio Fabián en alguna entrevista televisiva que luego retomaría el especial “Tragedia de los famosos” de *Crónica TV*.

Establecidos los cimientos de “El otro lado”, el programa se armó con

personajes místicos que fueron desde el “Hermano Miguel” hasta traves-tis que ejercían la prostitución en la zona roja de la Ciudad de Buenos Aires. La variedad de historias con las que contó le permitieron mostrar múltiples facetas de su formación como periodista.

Teñido de una estética particular, acompañada por dibujos de historietas, voz en off y musicalización acorde a la temática del programa, “El otro lado” logró instalarse en la televisión argentina.

Tanto Polo como su producción eligieron contar historias sumergidas en una realidad atravesada por el neoliberalismo. En este sentido, Fabián optó por explorar un camino que le valió el reconocimiento de varios colegas y tres premios que pronto pasaron al olvido.

Consultado por la figura de Fabián y lo que representó, el periodista Pablo Llonto entiende a Polo como un “periodista militante, alguien con convicciones ideológicas y políticas que tenían que ver con sus ganas también de estar en un mundo justo e igualitario”.

“Tenía una voluntad por poner los ojos hacia los de abajo, para con los desplazados, los olvidados, los explotados. Lo pudo hacer, de alguna manera, con el programa... no en todas las notas, pero por lo menos llevó adelante muchas de sus buenas intenciones periodísticas de rescatar eso para mostrar y hacerte pensar sin tanto machaque, sino simplemente con la muestra y lenguaje sencillo”, sentencia Llonto.

A los tres Martín Fierro (1993-1994) que consiguió con “El otro lado”, 11 años después, se le sumó un reconocimiento netamente periodístico. En mayo de 2005, la revista *Rolling Stone* en su lista de “Los mejores 100 programas de la televisión de todos los tiempos” ubicó al programa en el puesto número 27.

Como un mimo a la profesión, la nota titulada “De nuestro lado” de Ana Von Rebeur publicada en revista *Humor* en octubre de 1994 sostenía lo siguiente: “No es común ver un programa de televisión inteligente.

No es común ver un entrevistador que realmente escuche a la gente. Está del lado de los espectadores cansados de pavadas, que queremos un programa que vale la pena”.

La cantidad de historias que albergó en sus programas se transformaron, tal como dicen algunos de sus allegados, en fantasmas que no le permitían olvidar “todo eso que escuchó”.

“Hay algo peor que la angustia de la página en blanco. Algo peor que no tener ninguna historia que contar es haber oído demasiadas, y no poder olvidarlas”, afirmaba Polo en la presentación de su programa de televisión.

Después de tantas historias develadas el periodista sufrió un quiebre. Polosecki empezó a retirarse de los medios, de su Buenos Aires natal y del mundo. Sobrepassado por su propia realidad acabó con su vida el 3 de diciembre de 1996, tirándose bajo un tren que no alcanzó a detener su marcha en la estación de Santos Lugares.

Los noventa pasaron y terminaron mal. Hoy sólo sobreviven vestigios de una memoria resentida y nostálgica de esos años. El filósofo Tomás Abraham sintetizó aquel final: “Gente que se tira a las vías del tren hay más de una, gente que hace la obra de Polo hay Polo”.

Polito, como lo llamaban sus íntimos, dejó un legado lleno de historias y, para su entorno, más preguntas que respuestas.

CAPÍTULO 2

Polo, por Gustavo Alonso

GUSTAVO ALONSO, director y guionista del documental “*La vereda de la sombra*”, hace un recorrido por la obra de Polosecki con imágenes de archivo de sus programas, filmaciones de distintos escenarios por donde pasó y entrevistas a amigos, colegas y familiares. El film refiere a un cambio de paradigma que trajo consigo irrupciones en los formatos del periodismo de los 90. La sensación que deja el trabajo de Alonso es que tanto “*El otro lado*” (ATC, 1993/94) como “*El visitante*” (ATC, 1995), generó un antes y un después en la TV argentina.

El calor y la humedad en la ciudad de La Plata presionaban con tal fuerza que asustaban. La cita con Gustavo Alonso era al mediodía en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

Predisuesto a la charla y de buen humor, el director de “La vereda de la sombra”, primer documental sobre la vida de Fabián Polosecki, supone que la terraza del buffet es un buen lugar para hablar. Encendidos los grabadores, Gustavo se suelta, habla y vuelve a hablar, repite ideas, recuerdos, conceptos, detalles.

Entrecierra los ojos, mira hacia el horizonte, larga alguna anécdota, toma café bajo el sol radiante y vuelve al ruedo. Una predisposición que asombra.

La entrevista es casi como un viaje hacia el interior de ese mundo que rodeó a Polo. Desde su trabajo en ATC, sus madrugadas en la calle Corrientes y sus últimas aventuras en el Delta del Tigre. No es para menos, a Gustavo le llevó casi cinco años juntar testimonios y material para la producción del documental.

Pero Alonso desliza una queja cuando se habla sobre el “mito de Fabián”, para él no hay nada de extravagante en el tema. Apela más bien a la razón del ser. No busca héroes ni santos. Se aferra a lo terrenal con dosis de ironía. Los pies sobre la tierra. Sobre todo los nuestros, que estuvieron más de una hora en esa terraza.

¿Cómo surge la idea de hacer un documental sobre Polosecki?

Era un proyecto más grande, una trilogía en realidad. Yo nunca había hecho nada relacionado al periodismo y me formé para hacer cine de ficción, porque estudié dirección de teatro y no tenía ningún recorrido que tenga que ver con lo documental. Quería hacer una trilogía de documentales que hable de la historia de los medios, enumerando tres décadas a través de tres medios distintos: la década del 70 y la revista

Crisis, la década del 80 y radio *Belgrano* y la década del 90 con Polosecki. De tal manera que abarcara tres décadas con tres medios: gráfico, radio y televisión.

Empecé por el que creí que era más sencillo que era Polo, y terminó siendo el más complejo. Polo se había suicidado cinco años antes y era muy difícil acceder a Viviana, su viuda, y finalmente arranqué por Pablo de Santis, su hermano. Cuando empecé a investigar al mundo más militante de Polo, que está formado en la Juventud Comunista y pertenece a la comunidad judía progresista del PC histórica, descubro que la revista *Crisis* fue una influencia para él y su entorno y que su hermano que era periodista había trabajado cercano a la experiencia de radio *Belgrano*, por lo cual aparecía como que Fabián Polosecki era una síntesis de los otros procesos que a mí me interesaban.

¿Con qué te encontraste ahí?

Me encontré con un periodista hiper formado, y no sólo porque tenía título de grado sino porque las circunstancias lo hacían: provenía de una familia que tenía un fuerte sesgo intelectual, su mejor amigo era encuadernador y librero y todas las anécdotas contaban que de chico los mejores libros estaban en la casa de Polito. Entonces, me metí con Polo tratando de abrir una puerta y me di cuenta de que el tema era tan grande y se cruzaba con una metodología tan compleja que empecé a meterme de lleno con él.

En el documental se hace mucho hincapié a lo que era la calle Corrientes en la década del 90...

Conocí ese mundo un poco más de rebote porque soy más chico que Polo, pero esa es la parte que sintetiza un poco lo que era la idea original de mi trilogía. A mí me interesaba contar el caso Polo para destacar un

momento de la televisión y una década. Cuando eso se me desdibujó, sí pude contar con Polo de algún modo los 90 y era muy difícil con él, porque justamente era un hecho excepcional.

Los 90 habían sido Sofovich, no él. Sofovich es como el villano invitado en mi documental y fui muy condenado en su momento por ponerlo. De hecho, hubo algunos testimoniantes que no quisieron participar porque estaba él. Para muchos era el que había vaciado *Canal 7*, el menemismo puro y la corrupción.

En principio, hablar de la calle Corrientes me servía para contar el fin de una época y me permitía obtener la idea de que el Polo que todos conocimos era un personaje colectivo surgido de una mesa de la barra de amigos de un bar, donde él simplemente era el más lindo, como dicen algunos, y encarnaba un poco el sueño de esa barra. Sin embargo, esa barra estaba integrada por tipos que ya hacían televisión, que habían estudiado cine, que habían trabajado en *Canal 7*. Me interesaba entonces la calle Corrientes porque era un mundo donde se sentaban todos a analizar y a querer solucionar los problemas del mundo y, cada tanto, había un grupo que los solucionaba.

¿Cuánto tiempo llevó en total la producción?

Fue mucho. Empecé en 2001 y estrené en 2005. No fue continuo, tuve una etapa de investigación sin cámaras sin nada donde no sabía cómo lo iba a hacer. Hay veces que en los documentales hay que acertar con cómo es la graduación del acceso a los personajes para que uno te vaya abriendo la puerta del siguiente y te vaya legitimando.

En total fueron como cuatro años: en un año hicimos la investigación, al año siguiente hicimos un mes y medio de entrevistas, paramos hasta conseguir un estudio en La Plata para hacer el *offline* y el primer borrador, y recién cuando conseguimos la primera persona que dijo “che, yo

quiero participar y pongo el montaje”, lo terminamos.

En un año se podría haber cristalizado toda la experiencia; no es un documental de observación, es un documental de investigación que tiene un sesgo televisivo. Se podía haber hecho mucho más rápido si hubiéramos tenido la guita.

¿Cómo fue la repercusión del documental en el 2005?

Yo estrené en noviembre, el mismo día que se estrenó Harry Potter 3, con lo cual era complicado (risas). Si bien la película estuvo doce semanas en el cartel del cine Cosmo, yo iba un día y había diez personas y otro día veinte, otro día dos... no se entendía muy bien por qué seguía pero estuvo dos semanas. Pero entrado el 2006 la película tuvo otro público cautivo. La presenté en muchas universidades de cine y de comunicación del país. Ése fue el público. La película tuvo gran repercusión en los medios y, analizándola en términos estratégicos, tenía la ventaja de que los críticos eran editores de suplementos de espectáculos o jefes de redacción que habían conocido a Polo cuando todos eran pendejos. Desde ese lugar la película me conformó, cuando los pares de Polo la legitimaron.

¿Cómo fue la producción del documental?

Yo no tenía un plan. Tenía la idea de que quería hablar de Polosecki para que deje de ser un mito. De hecho, yo ya era docente de la carrera de cine y se hablaba de él todo el tiempo. Había dos VHS de algún programa dando vueltas y no había más. Mi idea era justamente cortar con el mito y no hice otra cosa que contribuir al mito. Lo difícil para mí era que todavía no tenía productor hasta que apareció David Austin, un gran productor que había hecho “Cazadores de Utopía” y “Botín de Guerra”. Él me abrió las puertas de alguien que financie parte de los fierros y el material virgen. Ahí armé un equipo con quien habíamos coincidido en un proyecto anterior.

De ese equipo sólo conocía a Laura Itchart, y con ella fuimos piloteando más o menos y llevamos adelante la investigación. Laura tomó la parte más afectiva, el mundo cercano, las novias de Polo, su familia. Yo tenía la parte del Polo público, el periodista. Así fuimos recopilando material y armando algo.

Una vez que cerramos con la participación de Viviana Gallardo, la ex mujer al momento de la muerte de Polo, pudimos también acceder al bruto del programa que eran casi 800 horas de material. En total fueron alrededor de 80 emisiones en 3 años entre “El otro lado” y “El visitante”. De esa manera, fuimos construyendo el producto.

Es complejo laburar el tema del suicidio...

Sí, claro. En cualquier caso yo, por laburos que hice con Coco Blanc y cosas que compartí con Laura Itchart, venía de hacer la historia de un cineasta integrante de la conducción de Montoneros, desaparecido, y muy vinculado al mundo de los derechos humanos y de la política. Por eso ya tenía un universo de lo complejo que es para la gente *lo inexplicable*. Son cosas distintas; el suicidio supone una decisión personal y la desaparición no; es un secuestro, claramente.

Pero hay algo de lo inexplicable de la falta de poder cerrar algo. Inclusive para la formación judía de Polosecki hay algo impuro en el hecho de suicidarse. En el mundo religioso, los suicidas no van ni al paraíso ni al infierno; van al limbo. Ahí hay algo condenatorio de los entornos. Por supuesto, distinto era con sus padres, con sus amigos, los que lo prevenían y no lo pudieron detener. Es una situación muy compleja... En el documental se muestra el dolor de algunos, la angustia de otros.

¿Qué encontraste cuando trabajaste con el suicidio de Polo?

Él estaba mal, decían que estaba chiflado. Aislado en el Tigre, fumado

todo el tiempo. Su hermano, que es quien más dolor tiene, pensó en un momento en una internación. Pero a un adulto no podés internarlo compulsivamente porque no es un peligro para la sociedad; ahí hay un problema de legislación. Sea por droga, por lo que sea, vos no podés ir a un juzgado y decir: “quiero que internen a mi hermano”. Hay un personaje que está muy demonizado, Eduardo, su amigo final de la isla, el último entrevistado. Tampoco es lo dañino y lo perverso que lo pintan los demás, digamos.

Un suicidio es una situación inexplicable donde quedan muchos enojos entre las personas y hacia el personaje, sus amigos estaban enojados con Polo. Había como una tensión en su entorno, algo no resuelto y mucha bronca. Perdí un montón de tiempo estudiando sobre el suicidio, hablando con psiquiatras y psicoanalistas para ver qué razón tenía hasta que fui descubriendo el dolor y tratando de entenderlo.

¿Rescatás algún legado periodístico de Polo?

La herencia de Polo podrían ser algunos medios alternativos. Hay una realidad, Polo tuvo que ver con un momento y de algún modo encarnó en ese momento una nueva forma de hacer periodismo. Entonces su herencia tiene más que ver con las nuevas formas, con lo nuevo, que con lo periodístico. Nunca hicieron referencia al concepto o la palabra “noticia”. Todo lo noticiable no formaba parte del universo de Polo. No había noticias, había historias.

Entre chistes sobre la televisión actual, terminamos la charla con Alonso. Después de una hora, la terraza seguía semidesierta y una leve brisa veraniega anticipaba la llegada del mediodía.

CAPÍTULO 3

Sus amigos: relatos de Fabián

Toda persona que muere pasa a ser recordada más por sus bondades que por sus pecados. Entra en juego lo mítico, y se torna natural la necesidad de alzar a ese ser y elevarlo para recordarlo en su máximo esplendor. La figura de Polo creció, aunque no tanto.

El círculo más íntimo de trabajo de Fabián lo recuerda unánimemente como alguien profesional ante todo. También admiten que fue quien se destacó, que logró ese lugar tan deseado de todo grupo de amigos de figurar más que el resto. La facha, el talento, la forma de desenvolverse frente a las cámaras, son algunas de las cosas en las que coinciden Polimeni, Ragendorfer, Garassino y Viñoles.

Los cuatro recuerdan su paso por “El otro lado” como un buen momento profesional de sus vidas y sus carreras. Se trató, dicen, de un producto improvisado que salió al aire como pudo, y que la mezcla entre el periodismo y la estética cinematográfica le dio ese condimento particular que lo destacó del resto de la oferta televisiva del momento.

También coinciden en que fue particularmente Polo el que logró que se hiciera notar el programa. La capacidad de preguntar lo justo y la curiosidad constante, remarcan. Un poco de recelo y sana envidia une a estos cuatro grandes profesionales de la comunicación.

Una de las personas que lo conoció desde chico fue Adrián Korol, hermano de Diego y Alejandro. El periodista se crió en La Paternal, “el barrio de los amores de Polo”. Al respecto, recuerda: “Los Polosecki vivían en Belgrano, en la avenida Congreso, cuando Fabián vino al mundo el 31 de julio de 1964. Unos años después la familia se mudó a una casa en la calle Fragata Sarmiento, de La Paternal”.

Korol destaca sobre los orígenes del periodista que “fue un buen hijo de una familia progresista judía (familia del ICUF, de mandar a los chicos a la colonia de vacaciones Zumerland, en Mercedes). Cuando se sentía periodista, a los diez, era durante ciertos sábados, en el momento que su

hermano Claudio, que trabajaba en gremiales de *Clarín*, debía ‘hacer guardia’ durante la tarde”.

Según Adrián, la cercana relación con su hermano le hizo a Polo tener ese primer acercamiento a la profesión. “El hermanito del redactor iba a la redacción, se sentaba a las máquinas y escribía, o hacía como que escribía”, asegura desde una oficina de *Radio Nacional*.

Esos primeros años para Polo fueron, sin dudas, cruciales. Su vida se vio muy empapada por el periodismo y la política, ya que Claudio fue también militante de izquierda en sus años de estudio en la universidad. Como un guiño del destino, los hermanos Polosecki tuvieron su golpe de suerte con el periodismo.

Cuenta la historia nacional que el 20 de junio de 1975, la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) negociaba una paritaria muy importante. Claudio Polosecki a sus 21 años trabajaba en *Noticias Argentinas* (NA) en la sección gremial. Ese día, Eduardo Suárez, periodista de *El Cronista Comercial*, le pasó información y coordenadas de un lugar.

Luego vino lo fenomenal, esa data que había recibido fue nada menos que la conferencia de prensa que brindaron los Montoneros el día de la liberación de Jorge Born, uno de los herederos de Bunge y Born.

Con el paso de los años y la llegada de la democracia, el ex jefe de *Noticias Argentinas* y amigo del mayor de los Polosecki, Ignacio López, se sumó a la Casa Rosada para trabajar con Raúl Alfonsín. Fue el mismo ex presidente quien llamó a Claudio para que declare en el juicio contra Mario Firmenich por el secuestro de los hermanos Born. El periodista aceptó bajo la condición de no nombrar a los colegas presentes en aquella ocasión.

Claudio había vivido un momento crucial en el periodismo y pronto lo tendría Polito. Pero evidentemente para entender a Fabián es necesario conocer a sus amigos, sus comienzos en la profesión y el círculo de profesionales más íntimos que lo rodearon y con los que llegó lejos, muy lejos.

RICARDO RAGENDORFER. *Periodista. Trabajó en El Porteño, Página/30, Noticias y Gente, entre otros. Fue parte del equipo de producción de “El otro lado” en su primera temporada. Actualmente es columnista de Tiempo Argentino y editor de policiales en Miradas al Sur.*

Polo pasó por distintos trabajos de la gráfica que lo fueron formando como profesional. Él mismo reconoció que muchas de esas redacciones poco tuvieron que ver con sus verdaderas motivaciones y su forma de pensar y hacer periodismo.

Radiolandia, *Diario Sur* y el semanario *Tele Clic* fueron algunos de los primeros trabajos importantes de Fabián. Allí conoció gente con la que después compartiría otros proyectos. Ricardo Ragendorfer, periodista, amigo y compañero de “Polito”, lo recuerda y asegura que “revolucionó en su momento el lenguaje televisivo y la forma de hacer periodismo”.

El final de la década del 80 y principios de los 90 encontró a jóvenes periodistas que comenzaban sus carreras con ideas innovadoras. En ese camino, Polo y Ricardo se cruzaron: “el periodismo de los 90 fue variado, yo diría que Polo fue más bien un producto de fines de los 80. El periodismo fue de algún modo un reflejo de los tiempos en que se vivía y que, digamos, no fueron fructíferos para el país pero sí para nuestra profesión”.

Lo cierto es que al momento de emprender el proyecto televisivo de “El otro lado”, Ragendorfer admite que nunca habían pensado en hacer televisión y “obviamente fue un salto hundido por la casualidad”. Y señala: “Pienso que la casualidad tiene que ver en gran medida por los lugares donde transitan los periodistas. Después de *Diario Sur* tengo entendido que Fabián había transitado algunas redacciones sin mucho éxito. Recuerdo que estuvo en una revistita de espectáculo de editorial *Atlántida*, *Tele Clic* o algo así, y al mes le dijeron que se vaya. De pronto lo vi en un segmento de un programa de Pettinato que no me acuerdo cómo se llamaba”.

Inquieto e irreverente: así se mostraba Polo y así lo describe su entorno más cercano. Esa personalidad, asegura Ricardo, ha sido la que lo convirtió en el conductor de “El otro lado”. En este sentido, el periodista

recuerda que cuando vio una vez el programa que conducía Pettinato, Polo hacía una entrevista a un hombre que manejaba un camión de basura y Ragendorfer se vio sorprendido “gratamente” por la estética de ese reportaje.



Polo junto a Roberto Pettinato

“Días después nos encontramos en un lugar que estaba en la esquina de la redacción de *Página/12* y Polo comentaba que había conseguido laburo, que recién empezaba; se lo veía más asustado y escéptico que contento. Meses después me llamó para hacer ‘El otro lado’”.

Fue así como dos periodistas duros de la gráfica, tras permanecer inmersos en las redacciones de prestigiosos diarios y revistas del momento, llegaron a *ATC*, que en ese entonces era manejado por Gerardo Sofovich.

“Sorprendentemente no fue una situación conflictiva como podría haber sido. Recuerdo que nos dieron una oficina espantosa. *ATC* de por sí era un lugar espantoso con arquitectura setentista con fuertes rasgos

de la estética castrense, y nosotros compartíamos la pecera con la producción de un programa que se llamaba ‘Claves para un mundo mejor’ de monseñor Quarraccino. Digamos que esa oficina era una mezcla de hostias y cocaína”.

Tras el éxito de la primera temporada del ciclo televisivo, Ragendorfer se abrió del proyecto y regresó a la gráfica. Ese fue el último trabajo que compartió con Polo: “Tengo entendido que con posterioridad, esa similitud qué había entre la persona y el Polosecki profesional de algún modo cambió”.

En medio del exilio periodístico profesional de Polo, Ricardo confiesa que lo volvió a ver poco antes de su muerte: “Recuerdo las dos últimas veces que lo vi. La primera fue en un restaurante del centro. Estábamos comiendo y apareció Fabián con un muchacho que convivía con él en el Tigre al que le adjudicaban el rol de chamán. Se dirigían a un hospital porque el hijo de este muchacho estaba internado. A mí me llamó mucho la atención el aspecto de Polo, tenía una barba que no le quedaba muy bien, una barba larga y descuidada. Estaba disfrazado como un cazador de patos, tenía botas de goma y estaba vestido de isleño”.

Ragendorfer mira hacia la calle y agrega: “La última vez que lo vi fue en un kiosco que estaba al lado de Nave Jungla, un boliche de moda de esos tiempos. Nosotros no íbamos al boliche, nos quedábamos en el kiosco charlando en medio de diversos estados. En esa circunstancia bajó Polo de un taxi, charlamos y me dijo que conocía todo el circuito de Rodolfo Walsh en el Delta, que quería ir ahí, que sabía dónde quedaba la casa de Walsh. Y esa fue la última vez que lo vi”.

JUAN CARLOS POLIMENI. *Periodista, escritor, guionista y conductor de radio y televisión. Escribió también obras de teatro y guiones de películas. Conoció a Polo en el festival de Cosquín de 1985. Actualmente, conduce “Voces del Sur” por Radio Nacional.*

Carlos Polimeni propuso una cita en un bar austero de Palermo. Cuando llega, mira su celular poco tecnológico y pide una ensalada. Acomoda las mangas de su camisa y se dispone a hablar sobre su amigo y colega Polito.

“Nuestra relación comenzó en un festival de Cosquín en el verano del ’85. Yo cubría para el diario *Clarín* y él para la revista *Radiolandia*, junto a varias personas que fueron referentes en su vida, entre ellos, Pablo De Santis. Estaba haciendo esa clase de periodismo del que él después se aburriría bastante pero le daría bastantes lecciones”, sostiene mientras pierde la mirada en el bar.

También se hace lugar a una risa, quizá mueca y desliza que “existía una curiosidad, yo me llamo Polimeni entonces me dicen Poli, a él le decían Polito, entonces Polimeni y Polito parecían como predestinados a combinar bien. De entrada nos caímos bien, comimos asado, jugamos al fútbol, estuvimos en la pileta y en el río, en una cobertura que hicimos juntos.

Cuatro años más tarde, se encontrarían en las redacciones del por entonces novedoso *Diario Sur* y trabajarían juntos desde abril del 1989 hasta febrero de 1990. Con el cierre de *Diario Sur*, ambos desembocan en el umbral de *Página/12*. “Él era colaborador en un suplemento que se llamaba *Metrópolis*, que hablaba sobre la Ciudad de Buenos Aires, y yo fundé el *Suplemento No*. Así que ahí nos vimos pero inmediatamente sobrevino su laburo en televisión, y después ya lo miraba por la tele”.

A Polo la fama le llegó de manera repentina, de pasar días merodeando redacciones oscuras a ser figura en *ATC*. “Nos hicimos amigos en el laburo pero después tuvimos una relación bastante fuerte. Y, repito la idea, después me acostumbré a verlo por la tele porque se convirtió en una estrella. Es el destino que uno tiene con amigos con los que empezó en otros lugares o compañeros del laburo que la tele los convierte en

estrellas, hablo desde Pergolini, Tinelli hasta Polito”, reflexiona Polimeni. Fue un proceso rápido como sorprendente, tan así, que Fabián le arrebató un Martín Fierro al estandarte del periodismo político de los 90, Mariano Grondona.

Polimeni se fastidia cuando habla sobre el legado de Polo. Palabras más, palabras menos, para él no existirá en el mundo del periodismo alguien que lo equipare. “A Polo le saquearon el legado durante muchos años, entró a mansalva un montón de gente que sin citarlo mucho hacía las cosas de él. Los programas de Juan Castro, Gastón Pauls, Lanata o cuando hacían programas en *Much Music* utilizaron todos los recursos que Polo había hecho como muy naturalmente sin citarlo nunca y sin agradecerle demasiado”.

El final de Polo fue incierto con muchos espacios vacíos. Polimeni está apurado, ahora es un hombre de la televisión y el tiempo lo corre. Pide la cuenta y cierra el atardecer porteño recordando a su amigo: “Hubo cambios en él, después estuvo su casamiento, su cumpleaños, algunas cenas en su casa otras en la mía, nos frecuentábamos bastante, jugábamos además al paddle y al fútbol fuera del ámbito del laburo, los recitales, las idas al cine, las cosas de la amistad que también para nosotros fue más que importante. Me quedo con esas imágenes”.

IGNACIO GARASSINO. *Santafesino. Director, intérprete, productor y guionista. Fue íntimo amigo de Fabián y parte del equipo de producción de “El otro lado”. Dirigió la película “Contrasangre”, estrenada recientemente.*

Ignacio Garassino fue compañero de trabajo de Polo durante la primera temporada de “El otro lado”. Actualmente se dedica a proyectos audiovisuales independientes y recuerda con alegría esa etapa que compartió con Fabián.

Al comenzar la entrevista, Nacho aclara que antes que colegas de profesión era muy amigo de Fabián: “lo de la televisión fue una parte mínima de nuestras vidas como amigos; éramos amigos desde mucho tiempo antes y compartimos muchas cosas. Éramos bastantes íntimos, vivíamos por periodos juntos... Yo viví en la casa de los padres algún tiempo que necesité, viajamos al sur, a Uruguay... éramos muy cercanos”.

Nacho recuerda que coincidía con Polo cuando decía que el equipo de producción de “El otro lado” era como una banda de rock. Y agrega: “Teníamos todas las drogas, sexo, despelote, egos y líos que podíamos tener, donde la voz cantante, el líder de la banda, era Polo y bueno... Polo tenía mucho carisma y eran un gran periodista”.

Pero también recuerda la amistad con Polosecki desde un lado más afectivo: “compartíamos mucho: charlas de cine debate, de música; éramos muy distintos entonces pero muy respetuosos de la opinión del uno y del otro. Es raro encontrar en la vida alguien que piense muy distinto que vos. Éramos muy distintos pero a la vez nos complementábamos”.

El precio de trabajar en el *Canal 7* de Gerardo Sofovich no fue fácil y costó muchas discusiones con colegas: “hubo hasta compañeros que se enojaron porque nosotros habíamos aceptado... yo los mandé al carajo. Si se abre un espacio hay que llenarlo, y más si no nos daban ningún condicionamiento”.

Y agrega: “algunos compañeros han dicho ‘ustedes tendrían que haberles dicho metete la guita en el culo’ y mirá, si era un problema de guita la verdad que no valía la pena porque era muy poco el presupuesto con el que hicimos el programa”.

Sin proponérselo, el producto televisivo que lograron recibió muy buena crítica e inclusive llegó a ganar el premio Martín Fierro por Mejor programa periodístico. En la noche de premiación, pasaron muchas cosas. Nacho, entre risas, recuerda el momento: “Cuando lo ganamos estábamos medio borrachos porque nos mandaron a la peor mesa que había en toda la entrega, supongo que creyendo que no íbamos a ganar, cosa que tenía bastante lógica... Estábamos sentados con unos tipos que hacían algo de televentas en unos canales de cables bastantes pedorros. Las celebrities estaban a 200 metros, nosotros éramos la Cenicienta”.

Y continúa: “Nos habían sentado en cualquier lado, porque generalmente eso se armaba para que no camines mucho a buscar el premio... No es que se sepa de antes quién gana, sino que calculan que va a ganar ‘tal’ y lo sientan más cerca así no se traslada tanto y no se pierde mucho tiempo de cámara”.

Cuando llegó el gran anuncio, la sorpresa invadió la mesa de “El otro lado”: “Viendo el video del momento se puede ver que el productor ejecutivo, Rubén Viñoles, está fumando cuando hacen el anuncio y sube a buscar el Martín Fierro con el cigarrillo en la mano. Yo tuve el criterio de dejarlo, aunque tengo una cara de ebrio que es un espanto y se ve que a Polo también se le traba la lengua. Me acuerdo que de ahí nos fuimos a otro bar donde nos estaba esperando la otra parte del equipo que se juntó espontáneamente y pasaron cosas muy graciosas”.

Después del premio y al finalizar la primera temporada del ciclo, Nacho decidió abrirse del proyecto y probar suerte en otras experiencias. Para él, Polo ya no era el mismo porque quizás estaba pagando el precio de la fama: “Es la paradoja que tiene esta vida. Ahora hago una película cada tanto y los veo menos a todos mis amigos. Dedicás la vida a tu carrera y entonces no los ves. Con Polo pasó lo mismo, cuando le empecé a ir bien nos empezamos a distanciar”.

Nacho asegura tener innumerables anécdotas con Polo, y es que se conocían desde chicos y convivieron un tiempo. Es por ello que, al opinar sobre el periodista, se anima a dar detalles y observaciones de su personalidad.

“Él siempre fue muy interesado por las historias de la gente, eso es verdad. Inclusive, a veces hasta la exageración y hasta la molestia, porque hubo oportunidades en que llegaba tarde a lugares porque se quedaba colgado hablando con gente de la calle... Tenía una curiosidad innata por los otros, eso es verdad”, asegura.

Sobre el final de Fabián, Garassino sabe realmente poco, pero recuerda la última vez que se encontraron: “lo vi solamente una vez en un bar a las 3 de la mañana y lo noté tan raro que medio que no dio para mucho la charla. Estábamos en pedo y eran las 3 am, en el momento no caí... me llamó la atención despues. Fue muy raro eso. Creo que fue la última vez que lo vi, después hablamos por teléfono un par de veces...”.

Por último, antes del suicidio de Polo, Nacho confiesa que lo pasó a ver y él no estaba en su departamento: “pasó a verme una vez por mi edificio, me contaron los porteros. Yo no estaba, pero por lo que pude reconstruir él ya estaba mal de la capocha. Sabía que a mí casa no se podía ir sin avisar antes, porque yo soy medio fóbico... me conocía lo suficiente para hacer algo así”.

Y concluye: “Debió haber estado muy angustiado, algo pasó, cayó con su hija Milena según me contó el portero. ‘Vino el petisito, el de la tele, ese que laburaba con vos’, me dijo... Como él no tenía teléfono, y yo todavía estaba medio enojado con él en algún punto, nunca lo llamé para preguntarle por qué pasó por mi casa”.

RUBÉN VIÑOLES. *Periodista, productor. Fue parte del equipo de producción de “El otro lado” durante su primera temporada. Actualmente trabaja como productor del medio CN23.*

Rubén Viñoles arriba a la pizzería fumando un cigarrillo y con unas gafas oscuras. Es alto y delgado. Elige una mesa, lo más lejos de la calle y con la mayor sombra posible. Pronto descubrimos que no pudimos vencer los ruidos de la tarde porteña en Parque Chas.

Pedimos algunas bebidas y empezó hablar con énfasis, casi tan pronto que encendí el grabador sin protocolo y con una escueta presentación. La charla se extendió por casi una hora en la que recorrimos pasajes de la vida de Polo, anécdotas de su laburo, cómo se lograron algunas cosas y cómo se frustraron otras y sobre peleas y amores. Pasado el tiempo, el mozo nos miró con incertidumbre. No era para menos, dos sujetos solos en la pizzería un lunes a las 16.

El contraste del cuadro solitario en un bar de mala muerte se refuta con el ruido del exterior. Viñoles se toma su tiempo, hace largos silencios, tan largos que se le esfuma medio cigarro entre una palabra y otra. Mira hacia la calle, pita y vuelve al ruedo. Pero logra su cometido y vuelca todo lo que quiere contar sobre Fabián Polosecki. Como suele decirse, casi una hora de material periodístico.

“Si van a hablar de Polo, la tenacidad y el encarnizamiento que le ponía al laburo es para destacarlo”, dispara de entrada. Sigue: “Tenía una visión hedónica de la vida, le gustaba mucho el placer y le encontraba placer a laburar aunque quedara exhausto o roto. Después de algunas entrevistas quedaba como un boxeador. Más que nada era un laborador de puta madre”.

Luego se sumerge en algunos recuerdos y se explaya: “Era un tipo muy inteligente y eso es obvio porque si no vos no estarías acá. Hacía mucho tiempo que no revisitaba la obra de Polo, es como volver a leer un libro”. Después de un par de pitadas a otro cigarrillo, el entrevistado resume lo que fue el programa que hace que hoy estemos sentados en Parque Chas: “Creo que lo central de ‘El otro lado’ es el ángulo, la mezcla

de tomar lo que estaba en el borde y con un laburo formal muy interesante intentar hacerlo atractivo”.

Rubén también recuerda que la tecnología y la cámara que usaron para la estética y la esencia de “El otro lado” fue fundamental: “Nosotros teníamos una súper VHS que era la mejor del planeta y, de hecho, cuando hablo de las condiciones materiales ‘El otro lado’ surge por esto. Si hubiéramos comprado una Umatic no hubiera existido el programa. La carga de una Umatic es de 20 minutos, la VHS tenía 2 horas 20 minutos y teníamos 20 centavos para hacer el programa. Lo que nos permitía la VHS era grabar por 6 horas hasta encontrar en cualquier boludo una historia que ni el propio boludo conocía, porque una anécdota llevaba a otra y aparecía una buena historia. Había una magnificación del tiempo de rodaje. El formato de 2 horas en que grabábamos nos permitía tener mucho tiempo para poder después editar una entrevista 5 minutos”.



Polo, escuchando atento

Como si la televisión de los 90 se hubiera quedado fijada en un curso que se reproducía como único, sus temáticas y códigos dejaban un montón de gente excluida que no estaba adaptada. Al respecto, cuenta: “La televisión pasaba por una frecuencia muy distinta a la de la realidad percibida por los sub 30. Todo lo que pasaba en potencia con el rock nacional y toda la subcultura de la noche tenía otra manera de hablar, de decir y de pensar. Entonces hubo algo muy formal en esto, el famoso instinto del periodista, porque Polo había hecho espectáculo también, y nos juntamos con una banda que veníamos de hacer cine con ganas de hacer algo distinto. Él tenía un talento, un talento como entrevistador y básicamente sensibilidad para detectar lo que iba a ser atractivo para un público que estaba fuera de la televisión, más que nada informal”.

Rubén Viñoles no cree que Fabián Polosecki haya dejado algún tipo de legado, ni siquiera el “Ser Urbano” de Gastón Pauls al que denomina como un “homenaje calcado pero con menos profundidad”. La teoría de una huella que se diluyó es, para él, la más acertada: “Han pasado muchas capas arriba y es muy difícil leer si dejó algo. Dejó la marca de hacer algo individualmente, como el héroe romántico periodístico”. Y añade: “Se creó un vínculo muy fuerte con el público que funcionaba como una banda de rock and roll, aunque no sabemos si podría haber funcionado mucho tiempo más”.

La relación entre Polo y Viñoles se desgastó con el tiempo y no terminó del todo bien por problemas “naif”. Al respecto, afirma: “Nos vimos un par de veces más y él no estaba muy bien, según me decían mis amigos. Yo le había propuesto ir a verlo al Tigre para convencerlo de volver a laburar y fue otro motivo de pelea con su entorno, porque ya era como una estrella de rock a la que, cuando la querés subir al escenario, la subís y después le decís ‘vos no tenés fecha’”.

Los autos pasaban a gran velocidad, la entrevista se iba extinguiendo,

y Rubén rememoró la última vez que vio a Polo: “Estaba un poquito jugado y hablamos, quedamos en vernos, nos abrazamos, charlamos un rato pero ya no estaba muy afilado como antes. Creo que ya lo había desgastado mucho... no sé, andá a saber qué se le pasaba por la cabeza. Me dolió mucho cuando murió, la verdad era un tipo recontra valioso y no tengo la más puta idea sobre qué le pasaba por la cabeza antes de suicidarse”.

CAPÍTULO 4

La calle Corrientes

“¡Corrientes por la noche! Mientras las otras calles honestas duermen para despertarse a las seis de la mañana, Corrientes, la calle vagabunda, enciende a las siete de la tarde todos sus letreros luminosos y, enquirnaldada de rectángulos verdes, rojos y azules, lanza a las murallas blancas sus reflejos de azul de metileno”.

ROBERTO ARLT, *Aguafuertes porteñas*

Son las 20 y calle Corrientes revienta. Revienta de gente, de autos y de luces de neón. La calle de las luces. Ya sumergido en ella, se acerca una vendedora ambulante que interrumpe el paso. No es momento para comprar dos pares de medias a 25 pesos. La caminata continúa y a grandes rasgos se pueden divisar pizzerías, teatros, hoteles tres estrellas, cocheras, kioscos, una foto gigante de Flavio Mendoza, más otras pizzerías y otros teatros.



La calle Corrientes, un emblema porteño

En un negocio de diarios y revistas, un hombre retacón, canoso y de lentes se concentra en la letra de un tango e intenta tararearla. Repite dos veces hasta que al final encuentra sintonía. Desde la boca de la parada del subte B, una rubia con acento extranjero afirma que “Dios se acuerda de todo”. Su pareja no le responde.

Sobre una esquina, tapado con algunos cartones, duerme un linyera. Metros después, en la puerta de una panchería, un paralítico pide monedas.

Sorprende ver todos los locales colmados. La pizza parece ser el símbolo de Corrientes. No hay pizzería vacía para un martes por la noche en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Como una postal repetitiva de los 90, la cara de Susana Giménez sonríe en el cartel, entre luces que le aclaran el rostro. El 7 de junio de 1994, Fabián Polosecki visitó el programa de la diva con el motivo de festejar los dos Martín Fierro que había obtenido. El diálogo de presentación rozó la ironía y los guiños:

—¡Hola, Polo, te felicito! ¿Estás contento, Polito?

—Muy contento, sí.

—Trabajás mucho, tu programa es maravilloso y nunca me perdí ninguno.

—¿En serio me lo decís?

—Me encantó.

—Bueno, se agradece.

—¿Cuántos años tenés, Polo?

—29.

Susana lo miró fijo a los ojos y le sonrió.

—¡Qué amoroso! Tiene mucho talento, me fascina. ¿Por qué dos?

—Uno es por Mejor programa periodístico y el otro Revelación. He sido revelación.

—Ah, ¿también revelación?

—También revelación.

—Es que es verdad, sos una revelación.

—Un producto de laboratorio.

—Ahora nos vas a contar cómo empezaste, de dónde saliste... —dice mirando al público—. Ayer me besó la mano cuando pasó.

—Una posibilidad imposible de perder.

—Gracias.

—Aparte, hasta ayer estabas casi soltera.

—Sí, Polo, ahora ha cambiado mi situación.

El conductor pasó al living entre las risas de todos los invitados.

Calle Corrientes fue un espíritu de época para muchos periodistas e intelectuales de fines de la década del 80 y de la del 90. Fabián Polosecki solía reunirse con su tropa en los bares y desnudar varias madrugadas entre copas y charlas de laburo y mujeres. El kiosco que estaba al lado del boliche Nave Jungla era su mayor paradero.

Para el amigo y productor de “El otro lado”, Rubén Viñoles, la calle Corrientes era una cosa “que vos llegabas a cualquier horario, desde fines de la dictadura hasta finales de los 90, y estabas charlando con la gente y no sabías si estabas haciendo un posgrado o tratabas de levantar minas. Para nosotros era nuestra casa, vos ibas a cualquier hora y te encontrabas con uno de tus amigos que se tenía que ir y después iba a caer otro. Yo me acuerdo que me iba a mirar una película y después volvía y seguían las charlas. Ese era el clima, o el ambiente que se vivía en Corrientes”.

Agrega: “Después yo viajé y volví y vi que se fue perdiendo. Cuando no tenía nada que hacer en mi casa a las 3 de la mañana y me iba ahí. Sabía que a alguien iba a encontrar. Cuando volví, me encontré que eso ya no pasaba... En parte, los 90 fue el último periodo potente como centro de reunión más o menos aleatorio. Horas y horas de café y cerveza”.

A calle Corrientes la invade un leve olor de muzzarella junto a garrafiñadas y a perfume de mujer. Los autos se dirigen como flechas hacia el Obelisco. La multitud no cesa. Corrientes es una función que nunca termina.

Historia de la calle

El escritor e historiador argentino Felipe Pigna redactó el 15 de julio de 2007 un artículo extenso donde narra la historia de calle Corrientes. Allí, entre tanta data bibliográfica sostenía lo siguiente: “Corrientes supo y quiso albergar a los principales teatros de la ciudad, como el de La Ópera, inaugurado el 25 de mayo de 1872 y ubicado como el actual Ópera entre Suipacha y Esmeralda; el Politeama, en el cruce con Paraná; el Odeón en Esmeralda, cerca de la esquina donde Scalabrini Ortiz, imaginó a aquel hombre que estaba solo y esperaba. La calle en la que el extraordinario payaso Frank Brown brilló por casi 40 años y en la que el inolvidable Pepino el 88 no ahorraba ninguna crítica a los poderosos de turno.

Por último, Pigna agrega: “aquella Corrientes que vivió el trajinar de Sarmiento yendo y viniendo de la imprenta de su periódico *El Censor* ubicada en el cruce con Esmeralda; que vio y escuchó a los redactores de *La Nación* y de *Caras y Caretas* en los cafés de la esquina de San Martín. La Corrientes de los cafés literarios como el Royal Keller, donde Rubén Darío nos vio grandes y ricos y Ortega y Gasset, como mínimo, soberbios y distraídos”.

“La Corrientes que lucía en Florida, la elegante peluquería barbería de Ruiz y Roca, centro de reunión de políticos e intelectuales”, concluye.

CAPÍTULO 5
El final



“No sé a ustedes, pero a mí siempre me pareció que los trenes formaban parte de otro planeta, donde el tamaño y el color de las cosas respondían a una lógica que los de afuera apenas podíamos intuir”.

FABIÁN POLOSECKI

El miércoles 2 de noviembre de 2011 a las 21 debutaba en la pantalla de *Canal Encuentro* “15 años luz” con la conducción del ex compañero y amigo de Polo, Diego Lublinsky. La idea del programa era tan directa como sencilla: Lublinsky, que trabajó en “El otro lado” y “El visitante”, regresó a los mismos lugares de aquellos ciclos para encontrarse con los mismos entrevistados y hablar de los mismos temas. Pasado y presente otra vez juntos en la parábola del tiempo.

La idea de este programa surgió de Viviana Gallardo, ex esposa de Fabián, quien se contactó con el realizador tras su vuelta de España para que la ayudara a revitalizar y poner en circulación el material empolva-

do de Polo. Diego, que había comenzado a trabajar con Polo en el 92 en *Rebelde sin pausa*, conducido por Roberto Pettinato, aceptó el desafío.

“El sistema tiene fisuras y por esa fisura entramos nosotros”, afirmaba Lublinsky en una nota publicada en el diario *Página/12*. A su vez, rememoró destellos de su pasado: “Yo no hacía más que eso en aquella época. Además, éramos muy jóvenes, no poníamos límites al trabajo, vivíamos para eso. Cuando terminó, estábamos perdidos, nos encontramos con un país que no tenía lugar para ese tipo de cosas.”.

Al ruedo salieron cuatro episodios: “Compañeros de la infancia”, “Nombre propio”, “El legado” y “Disfraces de carnaval”. Las imágenes del pasado junto a las actuales rozan la espectacularidad. Un viaje en el tiempo plagado de emociones, caras conocidas y disipadas por los años.

La charla con Diego Lublinsky se planificó en Villa Ortúzar, pero el atardecer porteño se topó con todos los bares de la zona llenos. Después de una larga caminata, apareció uno en la esquina de la estación de la línea B Los Incas-Parque Chas. Allí, Diego deslizó las primeras palabras acerca de lo que fue su programa: “No es una manera de homenajear a Polo. Tengo todo el reconocimiento a nivel personal y profesional y fue una persona que compartió mucho tiempo de trabajo conmigo, pero no me voy a dedicar a hacerle homenajes. Mi relación con él a nivel afectivo fue como la de un hermano mayor porque me llevaba 3 o 4 años. Pero sólo eso. Estaba recuperando una parte de mi vida que estuvo ligada a él”.

Diego viajó a España a mediados de 1998 en busca de nuevos aires. “Cuando me fui, corté con todo lo anterior. Era como una manera de recuperar ese pasado que fue muy fuerte, porque fueron cuatro años que trabajé con Polo”, agrega.

Viviana Gallardo se ocupó de mantener durante todos estos años el material de los programas. Lo llevó a un núcleo audiovisual en donde

digitalizaron todo. Cada tanto alguna persona la llamaba porque tenía ganas de hacer algo con esos videos, y por una cuestión de cercanía y de amistad ella le pidió a Diego que se encargara. “Vos que estás en la tele ocupate”, le dijo.

Toda persona se toma su tiempo para hacer un duelo. Así como algunos se alejan de algunos lugares para rehuir de ciertos recuerdos, otros se aferran a un sentimiento en el que creer. Diego dejó pasar unos 13 años para volver a desempolvar el material audiovisual que tanta mella había hecho a mediados de los 90.

“En realidad la revalorización de Polo se dio cuando yo estaba afuera del país. Las primeras mesas que se hicieron sobre Polo yo no estuve, porque para todos hay una cuestión de duelos que para poder volver a hablar del tema tenés que superar un montón de cosas, y entre esas cosas tienen que pasar años”, dice Lublinsky.

En “15 años luz”, el factor tiempo es inherente a las historias. También es inevitable. Un halo de recuerdos sobrevuelan la mente desde el primer segundo en donde reaparecen las personas y su entorno, sus esquinas, sus ciudades. Son quince años con la permanente presencia de la ausencia de Polo. Un retorno eterno.

“Lo pude hacer después de que pasó un tiempo y cuando le pude encontrar un sentido a qué hacer con ese material. Incluso ahora sigue la idea de seguir haciendo cosas con eso y yo también tengo esa intención de hacer algo pero ya no me involucraría tanto como me involucré con “15 años luz”, sentencia.

El suicidio indescifrable de Fabián junto a algunas historias densas que mostró en *Argentina Televisora Color (ATC)* que en ese momento tenía a Gerardo Sofovich como principal interventor, dieron indicios de que el periodista se había convertido en una persona oscura atrapada por sus propios fantasmas. Sin embargo, “15 años luz” vino a desmitificar

una vertiente que sobrevolaba sobre Polosecki. “Fuimos tildados de que hacíamos cosas oscuras, y la verdad es que en ningún momento lo sentimos así. Por eso elegí ese nombre. Tampoco me gustaría recuperar esa etapa si fuera oscura, la querría recuperar si tuvo algún punto de claridad. Yo no me quiero identificar con lo oscuro... si alguien pone ‘El otro lado’ en ese lugar es una percepción, pero la verdad que no fue la nuestra. No fue la de Fabián”, opina Lublinsky.

Además, señala: “El programa simplemente hablaba con la gente de una manera despreciada. Si alguien ve oscuridad en esa gente... bueno, es un problema del que mira, me parece. En la época hubo una oscuridad. El hecho de estar entrevistando durante tantas horas por semana hace que uno tenga que reciclar esa energía, si uno no la recicla puede llegar a cargarse demasiado y ahí puede haber cierta oscuridad”.

Hubo también otro golpe de suerte en *ATC* y fue, nada más y nada menos, el pulgar en alto de Gerardo Sofovich. Sin ese guiño, “El otro lado” y “El visitante” nunca hubieran existido. Es que el padrino, apodo que le sacaba una mueca a Sofovich, se había convertido en el gerente de la cultura popular argentina. Este productor y guionista fue el creador de los éxitos televisivos como “Operación jaja” y “Polémica en el bar”.

La relación entre Sofovich y el menemismo fue tan estrecha durante los 90 que trajo consigo sus beneficios. Apenas asumió la presidencia, su amigo Carlos Menem lo premió como coordinador del Zoológico de la Ciudad de Buenos Aires. Como era de prever, el zoológico terminó privatizado en 1991. Hay un dato: Sofovich figuró como uno de los accionistas de la empresa privada que se hizo cargo del zoológico.

Este pacto entre caballeros trajo bajo el brazo otro premio. En julio de 1991, el caudillo riojano lo designó como Interventor de *ATC*. Su gestión al frente del único canal estatal que quedaba, terminó mal al punto de haber sido denunciado por administración fraudulenta. La emisora llegó

a tener un pasivo cercano a los 70 millones de dólares. Con el tiempo, Sofovich fue absuelto de la causa.

Como un alfil en pleno movimiento durante los 90, también incurrió como propietario de diarios, al fundar en abril de 1996 el diario oficialista *El expreso*, que no tuvo tanta repercusión en la calle y sólo duró 14 meses. En un acto reflejo por mantener vivo al espíritu de una época que se opacaba, Gerardo Sofovich se presentó como candidato a jefe de Gobierno porteño en 2003 por el menemismo. “Fue el estadista más importante que tuvo el país”, solía decir sobre Carlos Menem. Pero con el futuro triunfo del entonces expresidente Néstor Carlos Kirchner a nivel nacional, Menem se bajó del ballotage y el ruso se vio obligado a desistir a su candidatura.

En sus últimos destellos, el productor y conductor televisivo fue distinguido personalidad destacada de la cultura por la Ciudad de Buenos Aires en 2011. La madrugada del 8 de marzo de 2015 lo sorprendió con una hemorragia digestiva que le provocó la muerte. Tenía 77 años.

Hay un punto en común entre quienes trabajaban con Polosecki y Gerardo Sofovich. Difícil discernir qué los unió, pero la armonía a la hora de presentar el trabajo se mantuvo intacta. Al momento de hablar sobre el ex gerente de *ATC*, Lublinsky se sincera: “Creo que el ingreso a la tele de Polo se dio por una fisura, desde el punto de vista de que a Sofovich le gustaba el programa. Aunque no se lo puede identificar a él con el programa, porque sería como un berretín, o algo así”.

Mira hacia el exterior del bar, toma su café cortado y agrega: “Nunca lo conocí a Sofovich, lo habré visto alguna vez pasando por el pasillo. Si te hablo desde el prejuicio, a él no le debería gustar el programa, pero la verdad es que lo hicimos porque le gustaba. Me parece muy raro estar defendiendo a alguien que no conozco, simplemente digo lo que yo viví desde mi lugar. Lo que me dijo Fabián es que al ‘Ruso’ le gustaba

el programa y hasta algún gerente intermedio habrá pensado que había dinero de por medio. Porque el prejuicio es tan grande que uno no podía discernir por qué Sofovich defendía nuestro programa”.

Al igual que otros colegas que trabajaron con Fabián, Diego sostiene que no existe un legado concreto de sus trabajos televisivos: “sé que había una forma de trabajar más cercana a las redacciones que en general en la televisión no se da y en ese sentido podría haber un legado. En ‘15 años luz’, salvando las distancias, trabajé de acuerdo a la forma que se trabajaba en ‘El otro lado’”.

El atardecer empieza a fugarse y las luces de Parque Chas levantan su brillo. Diego se pone pensativo por unos segundos y continúa: “Podría haber un legado de Polo. Después de trabajar cuatro años con él entiendo que la forma de hacer entrevistas de cierta manera se podría llegar a enseñar. Si tuviera que entrevistar lo haría en función de todo lo que aprendí trabajando con él”.

Viviana Gallardo conserva los casi 80 programas de “El otro lado” y “El visitante” con la idea de que se abra a otra gente y, sobre todo, que el material siga vivo. “Me parece que las universidades son un buen lugar para pasar el material. Hasta ahora se hicieron muestras y los programas siguen funcionando muy bien”, opina Lublinsky. Con esa última idea termina la charla. La taza de café ya está vacía y son casi las 8 de la noche.

El programa “15 años luz” llegó a la pantalla de la televisión argentina para saldar una deuda con Fabián. Pasaron 15 años, y los resabios de “El otro lado” volvieron a rodar en el canal público del Ministerio de Educación. Las ganas de seguir trabajando con el material para Diego están intactas. Polo queda a la espera de otra posibilidad para volver a ver la luz.

Estación terminal

Para quienes escribimos esta tesis nos resultó imposible pasar por alto el capítulo abocado a los ferrocarriles: “Estación Terminal”. Allí, Polo escucha testimonios de los maquinistas que construyen el hilo conductor del capítulo. “Todo trabajo tiene sus cosas buenas y sus cosas feas, en éste lo feo puede ser arrollar una persona”, sostiene uno de ellos.

La música acompaña y crea un clima nostálgico, suenan violines que componen una triste melodía acompañada de la imagen de locomotoras. Además, Polo entrevista a un hombre que fabricó una máquina a escala y logró una pieza espectacular. “Mi mujer me decía que la quería más a la locomotora que a ella”, cuenta entre risas el entrevistado. La historia de Fossati cobra protagonismo cuando se suma un gran amigo suyo, ‘un maquinista de verdad’. Este hombre comenta cómo eligió esa profesión, y Polo le pregunta si es consciente de que esa máquina tan grande y pesada que maneja tiene el poder de quitarle la vida a una persona. “¿Le pasó a usted?”, pregunta Fabián. “Y sí, es muy difícil que alguien se jubile sin haber matado a una persona”, asegura el maquinista.

“Los accidentes ferroviarios son la mayoría muy bravos”, agrega. Fossati se alegra de que lo suyo sea un hobby, por no haberle pasado algo semejante.

En otro pasaje del programa aparece el ex cantante de Los Piojos, Ciro Martínez. “Es un lugar de encuentros, de volver del laburo al mismo horario”, sostenía el hasta ese entonces simple pibe que viajaba en trenes con un grupo de amigos. Luego llegaría su hora y se convertiría en el líder de la mítica banda de rock nacional.

Los relatos del tren cobran vida y se vuelven una historia atrapante. “No me gustaría morirme”, cuenta Ciro. A Polo, le interesó eso y lo quiso reflejar. La muerte en las vías del tren es la construcción del programa.

Debe ser por eso el tono melancólico, la música triste y las imágenes. La producción de “El otro lado” quiso mostrar esa historia, las historias que terminan en las vías del tren.

Para mediados de los 90, hacer un programa sobre el desmantelamiento de los trenes argentinos no resultaba extraño. En las imágenes emitidas de la entonces estación de Santos Lugares, se apreciaba poca densidad humana, vagones despintados y gente yendo de aquí para allá. Sentados en las puertas del carruaje, Polo y un maquinista desarrollaron el siguiente diálogo sobre los suicidas:

—Cuando se quiebran —dice el maquinista— se siente hasta la fractura del hueso, y eso, ¿sabés cómo te queda en el oído? Si estás sentado, con la suela del pie sentís el corte.

—¿Y qué haces cuando agarras así a una persona?

—Detengo el tren.

—¿Y te bajás?

—Sí, para que tu cabeza quede libre es bajarse y ver. Ya sabés que está muerto, ya está. Lo primero que pensás es qué deja atrás. El suicida no te da tiempo, el que está convencido de que va a morir, que se quiere matar, no te da tiempo.

Claudio Beiza, ex director de fotografía de “El otro lado” y “El visitante”, recordó sobre el programa: “Estábamos haciendo lo de los trenes y en ese capítulo se habla de una banda de pibes que hacían rock que viajaban colgados arriba de un tren. A Polo le encantó la historia, vamos a ver el tema y ahí estaba Ciro y cuando charlamos con los pibes nos dijeron que teníamos que poner su música. Insistieron y terminamos aceptando y cuando nos pasaron el cassette a Polo le gustó mucho. De hecho después quedó una buena relación con la banda y él fue a muchos recitales”.

“Fue un programa muy bello, porque los trenes son lindos. Tuvo esa

ambivalencia de que era muy lindo por el lugar pero muy triste por las historias que nos contaron”, agregó.

Al respecto de su muerte el ex director de fotografía opinó: “En esa última época, fines de 1996, Fabián llamó a algunos de nosotros pero era muy difícil hablar. Estaba como muy acelerado. La verdad que ninguno de nosotros supimos entenderlo demasiado en cuanto a lo que hablaba y lo que decía; parecía que estuviese todo el tiempo muy fumado, el aspecto que daba, como alguien con quien era muy difícil hablar coherentemente... Estábamos planificando un asado, nos preocupábamos por el estado de Polo, nos decíamos ‘me llamó polo y no le entendí nada de lo que me estaba diciendo’, entonces estábamos planificando una cena para invitarlo y ver entre todos qué onda, cómo contenerlo y ver qué pasaba”.

“Tuve una charla telefónica con él y le entendí muy poco. Después con el tiempo creo que lo entendí. Él quería hacer un programa, ir con la cámara y ver qué pasaba. No había nada establecido, ningún guión, ninguna idea, nada; era ir con la cámara y que la situación te lleve a algún punto”, concluyó Beiza.

Como si hubiera archivado todos los detalles en su mente, tres años después de ese programa, en diciembre de 1996, Fabián volvió a la misma estación para terminar con su vida. Su suicidio fue y es una incógnita. Nadie supo precisar qué fue lo que le ocurrió al periodista que pasó del estrellato televisivo a sumergirse primero en una isla de Tigre y luego, en las vías del tren.

La muerte de Fabián Polosecki dejó en el aire una extraña razón desconocida. Quedará en la imaginación colectiva el paso transeúnte de Polo abrigado por su campera de cuero negro. Un periodista que nunca se cansó de buscar los relatos marginados de la sociedad.

Epílogo

Cuando alguien pregunta qué es el periodismo no es fácil dar una respuesta concreta. Podría decirse que se trata de narrar una buena historia, brindar información, hacerse el canchero en una radio o presentar un cuerpo esbelto en la televisión. Es complejo dar una definición exacta. Pero hay algo que puede llevar hacia una proximidad del periodismo que todavía anhelamos. Esa reminiscencia se centra en la década del 90.

El entonces grupo Viejas Locas, con su líder Pity Álvarez a la cabeza, sacaba al ruedo el vídeo musical Homero. En él se puede observar una secuencia de imágenes grises que reflejaban la cotidianeidad del obrero promedio del país. Una especie de casa al trabajo y del trabajo a casa pero sin pagos a término ni, mucho menos, paritarias. Un reflejo de época. Existía ahí un conglomerado de personas que la sociedad del mercado ocultaba, eran miles, millones, que de un modo u otro escondían consigo alguna historia o algo que contar. Alguien debía tomar nota de la situación y visibilizarla. Ahí, en buena hora, apareció el periodismo, ese que sirve para desterrar cosas ocultas o volcar a la luz algo que se quiere ocultar.

Por ese atajo llegó Fabián Polosecki. Algo contracultural para el momento, algo que hizo levantar las cejas a los Grondona y a los Neustadt, chiroalitas de época. Con un estilo sencillo y concreto, Fabián, junto a todo su equipo, logró instalarse en la historia del periodismo nacional. La pantalla argentina tenía una hendija de luz por donde distintas personas tenían su momento de notoriedad, los marginados del relato de entonces aparecían en el prime time. Alguien les daba un lugar entre los flashes del champagne. Todavía no tengo una definición concreta sobre qué es el periodismo, pero lo que hizo Polosecki bordea la respuesta.

Es indiscutible que el paso de un periodista como Polo y ciclos como “El otro lado” y “El visitante” tuvieron que ver con un estilo y una época particular. Lo interesante que envuelve a estos productos televisivos es

principalmente su estética, pero los personajes y los temas cotidianos que se abordaron también se destacan. Y es que como afirma parte de la producción de los programas, eso no se veía en la TV durante los 90. Bien podría pensarse que Polo dejó su marca en productos televisivos que vendrían a finales de la década como “Kaos en la ciudad” de Juan Castro y “Ser urbano” de Gastón Pauls. Se comenta que Pauls confesó ser un gran admirador de Polo, y de alguna manera su programa era un homenaje. No hay certezas sobre esto, ni sobre un legado televisivo de Fabián.

Polosecki irrumpió y no estuvo solo, logró dejar una huella en la TV y destacarse por él mismo y el trabajo de un grupo de profesionales que venían desde muchos lugares y disciplinas. La conjunción de perspectivas fue el condimento que hizo un programa recordado por pocos, pero inspirador para el periodismo. Hablar de Polo en 2015 suena raro, y es que su muerte parece haber cerrado esa puerta que abrió desde la televisión a pesar de que su trabajo periodístico había empezado desde mucho antes.

Podemos afirmar que hoy en la televisión argentina de periodismo se ve poco, y la discusión ha girado hacia tintes más políticos. Mucho show. Poco importa el profesionalismo y prácticamente no hay nada del periodismo duro, clásico, el de “máquina de escribir”. Sin embargo, el avance de la tecnología permitió volver al pasado, extinguir la figura del tiempo como tirano. Porque Internet tiene memoria, tiene material disponible al alcance de un clic. “El otro lado,” “El visitante”, “En la vereda de la sombra” y “15 años luz” están disponibles para todos en la nube de las telecomunicaciones. Para eso ya no importa un legado, ni el paso del tiempo. Las herramientas están, quedan las ganas de conocer e investigar.

Polo no tiene fecha de vencimiento, porque su forma de preguntar y

entrevistar tiene vigencia. El propio Diego Lublinsky confesó que usa material de las entrevistas de Fabián para enseñarles a sus alumnos cómo deben pararse y mostrarse ante las cámaras. Algo como eso es suficiente para afirmar que existe un “legado Polosecki”, que seguramente seguirá pero desde lo cotidiano y no necesariamente en la televisión. Bienvenido sea.

Referencias

- Pigna, Felipe (2007). “Corrientes deja de ser angosta”. Disponible en la web: <http://edant.clarin.com/suplementos/zona/2007/07/15/z-03801.htm> Fecha de consulta: octubre 2015.
- Polimeni, Carlos (2001). “El otro lado de Polo”, en Página/12. Disponible en la web: <http://www.pagina12.com.ar/2001/suple/Radar/01-06/01-06-17/nota1.htm> Fecha de consulta: octubre 2015.
- Respighi, Emanuel (2015). “Representante de una cultura que apadrinó desde el poder”. Disponible en la web: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/8-34922-2015-03-09.html> Fecha de consulta: octubre 2015.
- O’ Donell, María (2015). Born. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

